

El héroe negativo en la novela mexicana del siglo XIX

Dalibor Soldatić

Resumen: El héroe negativo es un personaje presente en la novela hispanoamericana desde sus inicios, siendo el primer antihéroe el “Periquillo Sarniento”. Las relaciones establecidas en la sociedad postcolonial no trajeron ningún cambio al respecto. En el ejemplo de dos novelas mexicanas del siglo XIX, *Los bandidos de Río Frío* y *Astucia* se ve claramente cómo la realidad social contribuye a la popularidad de este tipo de personaje. Son novelas con un gran potencial de símbolo, que a través de los protagonistas principales expresan una dura crítica social y abogan por una sociedad moderna, liberal. El bandido viene a ser un obstáculo sobre la vía de la construcción de un estado moderno. Por eso el destino del bandido no puede ser otro sino la derrota o su propia transformación en ciudadano honrado.

Palabras clave: héroe negativo, novela mexicana, siglo XIX, Manuel Payno, Luis G. Inclán

Summary: The negative hero has been an important character of the hispanic novel from its beginning, the first antihero being the “Periquillo Sarniento”. the relationships established in the postcolonial society didn’t change anything in this respect. In the case of two XIX th Century Mexican novels, *Los bandidos de Río Frío* and *Astucia* it is very clear how the social reality contributes to the popularity of this kind of character. These are novels with an important potential for symbolism, that through their protagonists express a heavy social critic and sustain a modern and liberal society. The bandit becomes an obstacle in the way of the construction of a modern estate. That is why the destiny of a bandit can only be his defeat or his transformation into an honest citizen.

Key words: Negative hero, Mexican novel, XIXth Century, Manuel Payno, Luis G. Inclán.

Los personajes literarios para ser convincentes tienen que poseer ciertos rasgos, características que a veces hasta pueden ser contradictorias. Pero ese hecho constituye el punto de partida para clasificar a dichos personajes. Las comparaciones resultan inevitables y la manera más usual y frecuente es la que se basa en el principio de si el héroe literario gusta al lector o no. De ello resulta un modo de clasificar a los protagonistas de una novela en héroes y antihéroes. Los primeros supuestamente deberían poseer las características que apreciamos en la vida cotidiana, inteligencia, fuerza espiritual o ser morales y éticamente justos. Los otros, por oposición, serían la personificación del mal intelectual, psicológica y moralmente. Pero, la literatura nos muestra que a veces los antihéroes, a pesar de poseer

características morales que no nos gustan pueden poseer ciertas cualidades intelectuales y psicológicas positivas. Por eso nos parece mejor adoptar el método que había planteado el profesor y teórico serbio de la literatura Nikola Milosevic (Nikola Milosevic: 1965) quien insistía en que lo mejor sería utilizar, en el caso de los héroes literarios que poseen características que rechazamos por algún motivo moral, otra palabra, más adecuada. Puesto que consideraba que la expresión “antihéroe” gramatical y lógicamente se refería no sólo a características morales sino también intelectuales negativas, proponía aplicar a los personajes con deficiencias morales que rechazamos en la realidad, pero que sobre el plano intelectual pueden hasta resultar atractivos, el término de héroe literario moralmente negativo, o sea, en una formulación más breve, héroe literario negativo. Como si de estos personajes literarios emanara un poder de atracción ante el cual resultan impotentes las normas éticas. Esa contradicción representa la paradoja que yace en la naturaleza del héroe literario negativo.

Son varias las maneras según las cuales se puede interpretar ese poder de atracción del héroe negativo. Es posible hallar la razón de la indulgencia del lector frente al héroe negativo porque el escritor encuentra cierta justificación moral. Y hay varias formas de justificación moral de los héroes negativos. Una de ellas es aliviar la culpa del héroe negativo en relación a la culpa de sus víctimas. Muchas veces la inmoralidad del héroe negativo se redime con la inmoralidad de la víctima. Por otra parte el autor suaviza, es decir, neutraliza la repugnancia moral de sus héroes negativos en el momento en el que el héroe negativo de la novela se arrepiente de lo que ha hecho. Si ese arrepentimiento es sincero, el lector estará dispuesto a perdonarle. El máximo efecto de neutralización se consigue combinando ambas formas, es decir, cuando el malhechor se arrepiente por lo cometido, mientras que al mismo tiempo su víctima viene presentada negativamente. De ello resulta que la tolerancia frente al héroe negativo literario tiene sobre todo una base ética. Pero, en definitiva, al héroe negativo se le perdona solamente en el caso de que haya satisfecho esas dos condiciones morales.

Ahora bien, no cabe duda que el hombre y su medio ambiente constituyen el tema central de la narrativa hispanoamericana del siglo XIX y XX. Ese latinoamericano que está buscando su identidad y lucha por sobrevivir en un contorno hostil representa en definitiva el centro de la preocupación del escritor aún cuando el experimento con la técnica narrativa es su objetivo principal. Es por esa razón que hemos optado por observar en un segmento, en una fase del desarrollo de la novela hispanoamericana y en una literatura, la mexicana, el personaje literario que, en principio, debería ser distinto a la usual caracterización del personaje principal. El tema nos parece interesante además porque al estudiarlo resulta claro que no es un tema exclusivo para los historiadores de la literatura, como podría parecer a primera vista, sino que se trata de un tema que aclara las condiciones imperantes en la sociedad mexicana después de la conquista de la independencia. Ya una revisión breve de la narrativa hispanoamericana, y en este caso, la mexicana, muestra que hay muchos antihéroes, o héroes negativos en las novelas hispanoamericanas del siglo XIX, ya que en esa época turbulenta después de la conquista de la independencia un gran número de individuos vive al margen de la ley y de las normas del comportamiento social. Son tantos que hay historias de la literatura que hablan de las novelas bandolerescas. El especialista en literatura mexicana, Ernesto de la Peña, por ejemplo, considera las novelas *Los bandidos de Río Frío* y *Astucia* descomunales de la literatura mexicana.

Como subgénero de la novela, la bandoleresca pertenece al costumbrismo. No ha dado contribuciones particulares al desarrollo de la narrativa o al lenguaje literario, pero sí brinda un cuadro interesante de la realidad social del siglo XIX y por eso merece atención.

Hay que tener en cuenta el hecho de que las luchas por la independencia, y después de ello la Revolución Mexicana, cuyo centenario se ha celebrado también hace poco, han engendrado en la novela mexicana obras que superan los marcos más estrechos de la insurrección y pasiones enfrentadas, pintando en forma bastante fiel la realidad social y política de esa época.

Dos ejemplos de ello son dos novelas representativas: *Los bandidos de Río Frío* de Manuel Payno y *Astucia* de Luis G. Inclán. Se trata de dos novelas cuyo potencial simbólico manifiesta, precisamente a través de los personajes principales, héroes negativos, una característica de importancia vital para la sociedad, eso es: la crítica social.

Antihéroes hemos tenido en obras anteriores de la literatura mexicana también. La primera novela hispanoamericana *Periquillo Sarniento* de José Joaquín Fernández de Lizardi, introdujo en la literatura latinoamericana al primer antihéroe, el pícaro, o, si queremos ser más precisos, al pelado mexicano. Aunque su novela *Periquillo Sarniento* no es una novela bandoleresca, en la novela el bandido se presenta como el elemento crítico que sirve de prueba a la decadencia moral de la vida colonial de México. Al regresar de la isla utópica, el ambiente decadente de la sociedad colonial vuelve a meter en líos al protagonista principal. Cuando lo detiene sobre el camino una banda de truhanes, Periquillo reconoce en su líder al viejo amigo del hampa, Aguilucho. Éste le invita a que participe con él en las hazañas criminales. De arriba al escondite, Lizardi le presenta al lector el mundo de los bandoleros. A pesar del hecho de que se trate de bandidos, entre ellos reina la camaradería de una hermandad y el orgullo por las virtudes masculinas: valor, audacia y firmeza de carácter, con una aceptación fatalista de su propio destino. Expatriados de la sociedad colonial oficial, los bandidos han constituido su propia comunidad. Aguilucho dirige la banda como un verdadero caudillo. Los bandidos son todos criollos o mestizos, porque para Lizardi el indio ocupa el lugar más bajo en la jerarquía social, y es considerado incapaz de ser hombre de acción. Otro tipo de jerarquía impera asimismo en la banda, la del machismo, pues las mujeres son vistas exclusivamente como sirvientas e instrumentos de placer sexual. Periquillo no se va a mostrar a la altura de las expectativas, al no demostrar las esperadas virtudes masculinas, entre las cuales el honor viene a ocupar el lugar principal, que se mide por el valor mostrado frente a la hermandad. Periquillo en definitiva no pertenece a ese grupo pues se muestra como un cobarde. Hasta las mujeres que acompañan la banda de malhechores lo acusan de ser afeminado. Se queda poco tiempo con la pandilla y después huye a la ciudad. En el camino se topa con la horca en la que cuelga otro amigo querido de días anteriores, Januario. En ese momento vemos la catarsis de Periquillo. Para Lizardi el oficio de bandolero es ocupación de desesperados. En ningún momento llega a justificar a los bandoleros, pero tampoco exime de responsabilidad a las instituciones coloniales por esa elección del camino en la vida. Allí se ve claramente como el escritor ve la bandolería como consecuencia de un sistema que corrompe y priva al individuo de todo honor.

Esas son las condiciones en las que el bandido, el aventurero viene a convertirse en un personaje típico de la literatura mexicana y de la vida en el siglo XIX. El prototipo del héroe negativo se halla precisamente en Evaristo Luciano llamado “Relumbrón” en la novela *Los bandidos de Río Frío* y “Lorenzo” en la novela *Astucia* de Luis G. Inclán.

Manuel Payno escribió *Los bandidos de Río Frío* durante una larga estancia en Europa, donde cumplía un cargo diplomático, y sobre las páginas de su novela ofrece descripciones extensas del ambiente y escenario sobre el cual se desenvuelve la trama de la novela, igual que todos los datos relativos al pasado de sus protagonistas. Al desarrollar el argumento, el autor muestra los diversos aspectos que permiten conocer hasta los más ínfimos detalles la realidad que vivía el pueblo mexicano en el siglo XIX en las diversas regiones del país, aunque se enfoca sobre todo la zona del centro y del sur. El retrato de los bandidos que ofrece Payno en su novela está situado en el momento que México obtuvo su independencia, pero no era liberal todavía, de modo que esta novela de alguna manera pretendería ser un elogio de la naturaleza “liberal” del régimen de Porfirio Díaz. La historia se desarrolla en torno al escándalo de 1839, cuando se descubrió que uno de los ayudantes militares de Santa Anna, el coronel Juan Yañez era el jefe de una asociación de malhechores que amenazaba a casi todas las familias de México. Más de 150 individuos estaban involucrados en el caso, entre ellos oficiales del ejército y miembros distinguidos de la sociedad. El caso se terminó con la sentencia de muerte para cuatro de ellos, mientras que los otros fueron enviados a purgar una condena de muchos años en galeras. Payno utiliza ese episodio para pintar el pasado de México, la desaparición de un orden social caduco, superado por el tiempo. De modo que el tema no debería sorprendernos ya que las élites políticas en la época de Porfirio Díaz consideraban la erradicación de los bandoleros como una señal del progreso general de México como país y de su avance hacia la época moderna. De modo que los bandoleros eran vistos como un fenómeno endémico de la época del gobierno de los conservadores. Al escribir su novela, Payno manifiesta la intención de mostrar que el comportamiento parasitario de la clase gobernante conservadora alienta y perpetúa un ambiente en el que la falta de respeto y aplicación de las leyes resulta normal. Payno no exime en su historia a los bandidos de la responsabilidad, pero, a diferencia de Inclán, insiste en la posibilidad de salvación. El protagonista principal es Relumbrón, quien dirige una red de bandoleros que pillan y saquean desde la ciudad de México hasta el Golfo de México. Su cinismo se refleja de la mejor manera en su actitud que consiste en considerar que la mitad de la gente en el mundo nace para robar a la otra mitad, mientras que la otra mitad, en cuanto abre los ojos y reflexiona sobre ello, se dedica a robar a la primera mitad, no sólo los bienes que inicialmente han sido robados, sino también los que poseen legalmente. A eso se reduce la lucha por la existencia. Para Relumbrón y sus cómplices el objetivo del poder político no consiste en introducir el país en la época moderna sino en el enriquecimiento personal. De modo que Payno utiliza a su personaje literario para denunciar un régimen corrupto, pero distingue escrupulosamente a los bandidos de los empleados del Gobierno y miembros de la élite que gozan de ventajas y privilegios en la sociedad, que no justifican su actividad criminal de ninguna manera. Por otra parte dedica bastante espacio a mostrar como los miembros de la clase media y baja se ven empujados a dedicarse a actividades ilícitas por las circunstancias que no pueden controlar. Según Payno, esas circunstancias son en la mayoría de los casos la pobreza, ignorancia, injusticia institucionalizada y el despotismo familiar. Sin embargo, en ese caso también señala delicadamente los factores que restringen pero no impiden la capacidad de los propios bandidos de optar por el bien o el mal. Por consiguiente, no se trata del determinismo en la novela. Y ese es el punto clave de su posición como novelista, puesto que trata de mostrar que las clases bajas merecen el esfuerzo de ser civilizadas. En ese

sentido crea dos arquetipos enfrentados, modelos de desarrollo del bandido, para señalar las alternativas y las vías posibles de desarrollo de México en el futuro. Uno lleno de carga negativa que se manifiesta en el personaje de Ernesto Lecuona, cuyas malas decisiones llevan a la infamia y muerte al final, y el otro Juan Robreño, quien lucha por preservar su honor, abandonar la vida al margen de la ley, y logra volver a una vida honesta. Al final de la novela, la muerte de Relumbrón y de Evaristo significa simbólicamente la desaparición de un régimen viejo y fallido, y con él, la desaparición de personajes, prácticas y costumbres anacrónicos, que México había heredado de su pasado colonial. De la lectura de la novela resulta que el nacimiento de un México moderno, liberal, ha sido difícil, acompañado de tendencias contradictorias, tanto positivas como negativas. Durante demasiado tiempo el futuro y las perspectivas de una nación joven han quedado postergados a causa de fenómenos negativos, la corrupción de las élites, los bandidos, la guerra civil y la intervención foránea. Los escritores mexicanos depositaron sus esperanzas en la dirección del progreso y de la civilización. A través de obras de ficción mostraron que los bandidos son obstáculos anacrónicos sobre la vía del progreso de México y de su prosperidad. Ninguno de los autores estudiados puede concebir otro desenlace salvo la derrota de los bandidos. Pero en *Los bandidos de Río Frío* la desaparición de Pedro Cataña y la resurrección del verdadero mestizo Juan Robreño, afirma la supervivencia y victoria de la nación en la lucha contra la barbarie y la ignorancia. Eso no quiere decir que Payno no haya advertido el peligro de que fenómenos similares puedan surgir de nuevo en el país.

Al tratarse de Luis G. Inclán, él es el autor de una de las novelas de aventuras más interesantes del siglo XIX en la América Latina y del mundo hispánico. Se trata, no cabe duda, de una de las novelas que ha influido sustancialmente en los cursos ulteriores del desarrollo de la literatura mexicana.

Cuando observamos estas dos novelas y la línea seguida por sus autores, nos resulta claro por qué el personaje literario, y asimismo el personaje extraliterario del bandolero viene a ser de alguna manera la expresión de los sentimientos del mexicano, miembro de la clase media de esa época, y por qué es la figura clave, no sólo de la literatura sino también de la realidad mexicana de la época.

En ese sentido *Los bandidos de Río Frío* y *Astucia* además de pertenecer al subgénero de la novela bandoleresca son novelas didácticas y educativas. Hay en estas dos novelas, sobre todo en la primera, repeticiones, reiteraciones, pero las descripciones de las costumbres de la sociedad mexicana de la época son tan exhaustivas que se obtiene una imagen fiel del ambiente general que reina en México por esos años, cuando el país está atravesando numerosas crisis.

La realidad que se observa en las novelas *Los bandidos de Río Frío* de Manuel Payno y *Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la rama* de Luis G. Inclán pertenece a la época del gobierno de Santa Anna cuyas ambiciones eran las de mantener el país bajo una tensión y disturbios permanentes, lo que quiere decir inestabilidad política, despotismo, falta de castigo de crímenes y anarquía. La abundancia de bandoleros es el producto de reclutaciones forzadas o del simple hecho de que los campesinos muchas veces preferían dedicarse al bandolerismo que vivir en extrema miseria; los así llamados *léperos*, brutos que se quedan en el monte armados durante los diferentes levantamientos e insurrecciones de los caciques locales, caudillos rurales que aspiran a los atracos y al pillaje e huyen de las sentencias del tribunal, o los propios soldados y oficiales

que han desertado para no tener que participar en las guerras civiles fratricidas. Los generales se enriquecían durante los disturbios y por eso mantenían en vida a los bandidos con miras de justificar todas sus campañas, en las que robaban y saqueaban lo mismo que los bandidos: caballos y alimentos a los campesinos, dinero y armas a los hacendados latifundistas.

Los novelistas mexicanos no han creado el mito de Robin Hood, el bandolero generoso que reparte el botín a los pobres. En la mayoría de los casos sus bandidos crean el desorden, lo fomentan para que se convierta en parte integrante de un sistema reservado sólo a los elegidos. El bandolerismo resulta ser una especie de modo de alcanzar la movilidad sobre la escala social. Hay casos de bandidos que han llegado a serlo por venganza. Los Hermanos de la Hoja se presentan como bandidos sociales y su motivo para ese comportamiento es la segregación. Ellos se empeñan por la movilidad social, pero no aspiran al desorden sino al orden y no satisfacen exclusivamente sus propios intereses, sino también los de su contorno. Pero *Astucia* es una novela que no describe las condiciones de vida en el campo sino que es una novela que se escribe desde el campo. Describe las luchas de la población rural mexicana por superar las condiciones opresivas impuestas por los conflictos políticos y la guerra. *Astucia* representa en ese sentido una forma popular de liberalismo que identifica a los bandidos con la codicia sistemática de las autoridades estatales porque alientan el crimen. Estas autoridades son los intelectuales de la ciudad, quienes exigen una autoridad estatal mejor, exigen que el campo se ordene y coloque bajo el control del Estado. Luis G. Inclán escribía en una época en la que el campo mexicano no estaba sometido a las presiones de expropiación y explotación, pues la demanda de productos agropecuarios era relativamente baja. De esa manera el campo se mantenía siguiendo modelos tradicionales de vida. El único problema en las relaciones con el Estado eran los impuestos dictados por las autoridades federales y el monopolio del Estado sobre determinados cultivos, entre los cuales figuraba el tabaco. Y eso para un escritor que se empeña por la autonomía del campo y los tradicionales valores rurales, como lo era Inclán, representa un problema agobiante. Eso le lleva a la conclusión de que la fuente misma de la corrupción son la civilización y la cultura urbana.

Inclán sitúa la acción de su novela en Michoacán en la época del gobierno de Santa Anna y su historia sigue la vida de un grupo de charros que se dedican al contrabando de tabaco. Hay que notar aquí en seguida el hecho de que se trata de charros, que de cierta manera se identifican con el mexicano. El mexicano común, o mismo que el *cowboy* está asociado con los norteamericanos, el gaucho con los argentinos, el *charro* es una especie de símbolo de la identidad nacional del mexicano. Así los contrabandistas de la novela *Astucia* difícilmente pueden ser considerados como vulgares bandidos. Son señores y rancheros con espíritu de iniciativa quienes fundan una hermandad secreta para oponerse al impuesto sobre la venta y al monopolio del Estado sobre el tabaco. Ambas instituciones eran residuos del poder colonial y eran atacadas, criticadas por parte del sector rural mexicano y por parte de los liberales. Bajo el lema de “uno para todos, todos para uno” la hermandad lucha lo mismo contra la policía que contra los bandidos y los representantes corruptos del poder, que simbolizan a los opresores. De una manera costumbrista Inclán glorifica las tradiciones del campo y justifica el comportamiento ilegítimo de sus héroes. La lógica que se impone en la novela otorga ventaja a lo local sobre lo estatal, sobre la afiliación política, al sentimiento popular de justicia sobre las leyes del Gobierno. La hermandad se legitima por su respeto a los valores tradicionales del campo. Es en ese sentido sobre todo que los héroes negativos

de Valle-Inclán se distinguen notablemente de los bandidos tradicionales. La hermandad no se dedica a arrebatar a los demás, sino que ofrece resistencia a un gobierno lejano e impersonal, que explota su trabajo para enriquecer a las élites urbanas. Sin embargo, es interesante observar que a pesar de esa posición asumida por el autor no hay opciones medias, ni siquiera una mínima concesión. Los personajes o son buenos o son malos, y el elemento básico que los determina es su lealtad a las tradiciones rurales y el honor que de ello emana. No hay aquí nada similar al caso del pícaro de Lizardi, no hay pérdida de honor ni de la dignidad humana ni lucha por conquistar de nuevo la moralidad.

También resulta importante observar que un único miembro de la hermandad es criollo, todos los demás son mestizos. Si bien eso corresponde a la realidad demográfica del mundo rural de Inclán, es al mismo tiempo señal de un cambio en comparación con la literatura que se escribía antes, en la que los criollos eran personajes positivos y los mestizos en definitiva eran una clase inferior. Recordemos tan sólo que el héroe principal de la novela de Lizardi era un criollo de la ciudad de México, quien en su caída moral, cediendo a la corrupción de la sociedad se ve arrastrado al mundo del hampa habitado por mestizos. En este sentido es importante la novela de Inclán, ya que anticipa la afirmación de los mestizos como estrato social importante, en el cual, antes que en el criollo, el autor ve la encarnación de la identidad nacional mexicana. Hay que tener en cuenta que Inclán escribe su novela en el momento en el que después de la conquista de la independencia y la constitución del Estado mexicano empieza a plantearse la pregunta: ¿quiénes somos? y ¿qué significa ser mexicano?

El protagonista principal de la novela, Lorenzo, quien se transformará en “Astucia”, el caudillo de la hermandad, había tratado de ganarse la vida como arriero transportando bebidas alcohólicas. Confrontado con las autoridades que le exigen soborno se queda sin nada porque le confiscan todo. Indignado por la codicia y la corrupción de los representantes del poder se junta con la asociación de charros unidos en su autodefensa contra los representantes del Estado, quienes abusan de su autoridad, y contra los bandidos. El contrabando de tabaco en esa época era una actividad peligrosa que por ser ilícita podía acarrear como castigo la pena de muerte (el monopolio del Estado se mantuvo hasta 1865). De modo que la vida de los contrabandistas dependía de la lealtad al grupo y de la solidaridad común. Por eso los contrabandistas constituyen una comunidad de honor y tradición que sigue un sentimiento común de justicia, por encima de toda ley impuesta por un Gobierno sin honor. La policía rural es presentada como ladrona, como si ellos mismos fueran bandidos. El charro miembro de la hermandad, como personaje se va creando en la novela en contraste con la alianza de políticos autócratas y una policía ladrona. Con ello el charro se va convirtiendo en una modalidad posible de salvación de la República. Y puesto que nos ha presentado a sus héroes como una especie de tribunos populares, Inclán tiene que atribuirles virtudes ejemplares, como personas que no pueden comportarse de manera arbitraria y reaccionar impulsivamente. Cuando la seguridad pública desbarata la hermandad, Lorenzo se queda como el único miembro superviviente. Logra huir de la cárcel y volver a su comarca para vivir la vida de Lorenzo Cabella. El prefecto local lo va a designar para que dirija el departamento de seguridad pública con el fin de perseguir a los bandoleros que atacan a los viajeros en los caminos. Lorenzo logrará eliminar la pandilla de los bandidos, derrocar al Gobernador de Michoacán, para retirarse finalmente a una vida tranquila en el campo. La rígida moral de Inclán resulta del conservadurismo postcolonial,

pero su actitud ante los bandidos se distingue de lo que hemos visto en las novelas de Lizardi y de Payno.

Para comprender más fácilmente estos fenómenos es necesario volver al inicio, a la historia del descubrimiento y la conquista de América y al establecimiento de las colonias sobre el continente americano. La civilización occidental ya desde el tiempo de la literatura clásica griega, por lo menos hasta el Renacimiento, vincula la literatura con la ficción y la historia. ¿Qué ocurrió con el descubrimiento de América? Se produjo el encuentro, o mejor dicho, el choque entre dos mundos. Los españoles se encontraron con los pueblos indígenas de la zona del Caribe, Anahuac y los Andes. Esos pueblos no sabían ni griego, ni latín, ni castellano y menos aún los géneros literarios que se cultivaban por esa época en Europa. En pocas palabras no conocían ni las lenguas, ni la literatura ni la cultura de las naciones europeas. Y por eso fueron tratados automáticamente como bárbaros. Aunque, sustancialmente, estaban lejos de serlo. Porque los españoles que llegaron a América tampoco conocían la lengua y la cultura de los pueblos americanos y sin embargo, se comportaron como una raza superior. Aprovechándose de su superioridad tecnológica y otros factores conquistaron territorios, formaron sus virreinos y capitanías designando a todo ser humano de color moreno como indio, y negro a todo esclavo traído de África. Esto automáticamente significa que eran tratados como seres inferiores y esa fue la identidad que les dieron los conquistadores. Esa era la justificación para que una empresa primordialmente comercial, con algunos elementos de guerra de cruzadas, o la supuestamente noble misión evangelizadora de convertir al cristianismo a los nativos, fuera vista como una supuesta campaña de civilización de la población local. Las relaciones no cambiaron sustancialmente después de la conquista de la independencia y de la libertad del poder colonial español, en buena parte a causa de los intereses económicos de las élites dominantes que asumieron el poder después de la salida de los españoles y la llegada de otras potencias mundiales que se presentaron, tratando de llenar el vacío dejado por los españoles. Hay que tener en cuenta también el hecho de que las poblaciones locales habían sido diezmadas, en parte a causa de las epidemias de enfermedades que trajeron los españoles y para las cuales no estaba preparado el sistema inmunológico de los indios, y por otra parte a causa de la despiadada explotación y el trabajo forzado en las haciendas y las minas. Durante la conquista los indios sufrieron la destrucción de sus ciudades y culturas, la violación de sus mujeres y la esclavitud de los hombres. Los que sobrevivieron se vieron obligados a adaptar su percepción del mundo a las nuevas realidades sociales y culturales.

El sistema del poder colonial establecido en el siglo XVI se caracterizaba por la extrema violencia manifestada a través de la esclavitud, el trabajo forzado y el terror. El poder colonial se ejercía sobre todo con medios militares, y los españoles impusieron un respeto malsano de las armas, el Fuero militar, código militar, la regla según la cual los que portaban armas, y se sabe quién podía poseerlas, no podía ser sometido a las leyes civiles como un ciudadano cualquiera. Esto nos explicará posteriormente, entre otras razones, la aparición de tantos déspotas, dictadores y tiranos en los siglos XIX y XX de la historia de América Latina. Los trabajos forzados, impuestos como sistema por los conquistadores, quedaron en pie aún después de la conquista de la independencia bajo diferentes formas hasta bien entrado el siglo XX. Otro legado del colonialismo es el patriarcado, principio fundamental de dominación masculina, en el que los españoles fueron mucho más severos que las comunidades americanas o africanas. El patriarcado definió la estructura de todas las instituciones coloniales, de la Iglesia también. Las leyes españolas y el poder absoluto del

Rey se basaban en la lógica de la propiedad que podía tener solamente un hombre. Y el individuo sin propiedad, posesiones, era un hombre sin honor, por definición. Esa política aseguró la marginalización, tanto la económica como la cultural de la población indígena y de los esclavos africanos.

Las luchas por la independencia trajeron después de largas y difíciles campañas la liberación del poder colonial de España, o sea de la Corona española y trajeron al poder a los primeros criollos y mestizos en el siglo XIX. Paradójicamente ambos grupos se mostraron más crueles y hasta a veces más racistas que los mismos españoles frente a las poblaciones indígenas. Esto se debe probablemente a su ambigua pertenencia racial que acabó en políticas contradictorias. Por eso el mayor alcance de los regímenes liberales, bajo la dirección de los mestizos, fue la abolición de la esclavitud, aunque ellos también creaban un clima de opresión política, manteniendo a la población indígena y africana en una posición subordinada. Es más, en su esfuerzo por presentarse como blancos, o como individuos que han superado el estado salvaje de los indios, exaltaban la herencia hispánica y el pasado de la América precolombina, mientras que simultáneamente impedían las expresiones modernas de la identidad indígena y se convertían en partidarios del discurso europeo sobre la inferioridad racial de los nativos.

Hasta hubo casos en que cuando fracasaban las economías de los estados recién liberados de la carga de las enormes dedudas con Gran Bretaña y Francia, los gobernantes de esos estados justificaban la quiebra precisamente por la inferioridad racial de los criollos y mestizos.

Es en ese ambiente social turbulento, lleno de violencias, abusos y corrupción, que surgen los antihéroes y resulta lógico que la literatura registre ese tipo de personajes.

¿Cómo determinar la esencia de las características que constituyen a un héroe? Ben Fallow y Samuel Brank en su libro *Heroes and Their Cult in Modern Latin America* (Ben Fallow y Samuel Brank: 2006) nos responden a la pregunta qué es exactamente un héroe y quién es la persona a la que los demás miembros de la comunidad atribuyen un valor distinguido, talento y otros rasgos nobles, hasta divinos, y que por lo tanto obtiene un lugar de importancia permanente en la cultura de la comunidad. Los héroes surgen como una especie de elemento aglutinador en diferentes comunidades tribales, locales, regionales, nacionales, internacionales, religiosas o étnicas. Siguiendo esta línea de reflexión, el héroe negativo debería ser la personificación de todo lo contrario. Como dice Nikola Milosevic, personificarían la debacle casi total, intelectual, psíquica y moral. Pero el mismo autor suaviza la gravedad de esa aseveración concluyendo que utilizamos el término de antihéroe para señalar a los personajes literarios cuyas características morales no son dignas de nuestra admiración o respeto, pero que pueden tener ciertos rasgos intelectuales y psíquicos positivos. Hay que tomar en cuenta el hecho de que el criollo todavía se hallaba en el s.XVII en una posición subordinada. En principio, el término de criollo se refiere a los hijos de españoles nacidos en América. Pero no hay que olvidar que originalmente la palabra criollo servía para designar a los hijos de los esclavos africanos nacidos fuera de África. Basta mirar las referencias a criollos negros o esclavos criollos en los documentos de las autoridades coloniales de Europa Occidental. Si bien en el siglo XVI este término se aplica exclusivamente a los blancos (lo que significa que automáticamente se trata de una persona de sangre pura), muchas veces eran sospechosos de ser mestizos. En realidad un 20, hasta un 40 por ciento de los mestizos eran registrados como criollos en las primeras dos

generaciones de españoles después de la conquista. Los criollos eran sospechosos ante las autoridades españolas simplemente porque sus nodrizas habían sido indias, comían alimentos americanos y bebían agua americana, crecían con niños indios, jugaban con ellos y no eran puros en muchos aspectos de su vida cotidiana. Además de las sospechas relativas al origen racial y sospechosas influencias dietéticas y culturales, su posición económica era incierta pues no podían heredar las encomiendas, la tierra que el Rey había cedido a los conquistadores con el derecho a explotar la población local y cobrar los tributos.

En el proceso de rechazo de ese discurso peyorativo algunos criollos fueron tan lejos que comenzaron a exaltar la superioridad del Nuevo Mundo, étnica, geográfica y climáticamente y hasta hubo ideas de que el nuevo *axis mundi* era en realidad el Nuevo Mundo.

México fue el único país de América Latina que vivió una revolución violenta y sangrienta en los primeros decenios del siglo XX. Esa Revolución, iniciada en 1910 y terminada relativamente en 1920, ofreció los contextos favorables para la aparición de toda una serie de caudillos, líderes, entre los cuales hubo algunos que fueron auténticos bandoleros. Pancho Villa es sin duda uno de los más conocidos, y por mucho tiempo hubo en México polémicas sobre la posibilidad de su incorporación al Panteón de los beneméritos de la patria. Pero eso no debe sorprendernos porque como hemos visto en las novelas estudiadas, ya en el siglo XIX, el bandido atrae tanta atención como el caudillo. Aunque para la mayoría de los escritores no fueron nada más que simples bandidos, que había que eliminar para asegurarle al Estado un desarrollo pacífico y normal, para otros fueron una especie de héroes, dignos de admiración en su esfuerzo por frenar la modernización forzada del país. Hay muchos corridos mexicanos, que glorifican a los bandidos como Chucho el Roto y Heraclio Bernal, si no es por otra cosa, por haberse opuesto a Porfirio Díaz.

Concluyendo, ¿qué decir de este tema tan presente en la literatura y la cultura popular del siglo XIX? Las historias de los hombres al margen de la ley están presentes en la tradición oral de México a través de los corridos que servían para la diversión del pueblo, pero están presentes también en la creación de las élites sociales, especialmente en la novela romántica. Primero porque la estética romántica favorece al personaje del bandolero y segundo, porque la turbulenta realidad cotidiana de México en esa época hace esos personajes aún más atractivos. La supervivencia de los auténticos bandidos era como un desafío o reto a la élite en su intento de civilizar la nación. De modo que los autores liberales creen que al crear estos personajes en sus novelas contribuyen a la salud de la nación. Para los románticos mexicanos, el personaje del bandido sirve a un objetivo superior: la creación del Estado-nación. Y para ello no bastaba con imaginarse el futuro sino que resultaba necesario criticar todo lo que impedía ese desarrollo. Y por eso el héroe negativo en las novelas mexicanas no es exhaltado sino que, al contrario, está allí para ser enterrado de una vez por todas.

Bibliografía

- BRUNK S. y FALLAW B. (ed.), *Heroes and hero cults in Latin America* Austin, University of Texas Press, 2006.
- EYZAGUIRRE, Luis B., *El héroe en la novela hispanoamericana del siglo XX*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1973.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA R. y PUPO-WALKER E. (ed), *The Cambridge History of Latin American Literature*, vol.I, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.
- HAMILL, Hugh M., *Caudillos: Dictators in Spanish America*, Norman and London, University of Oklahoma Press, 1992.
- ÍÑIGO MADRIGAL, L., *Historia de la literatura hispanoamericana (del Neoclasicismo al Modernismo)*, Tomo II, Madrid, Cátedra. 1993.
- JOYCE M. y LORRAINE V., *Latin American Literature and Its Times*, Detroit, San Francisco, London, Gale group, 1999.
- MILOŠEVIĆ, Nikola, *Negativan junak*, Beograd, Vuk Karadžić, Biblioteka Zodijak, knjiga 5, 1965.